





EL CAPITÁN AURWEL  
Y EL TESORO DEFINITIVO



Pablo Espejo-Saavedra

EL CAPITÁN AURWEL  
Y EL TESORO DEFINITIVO



Primera edición: octubre 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Pablo Espejo-Saavedra

ISBN: 978-84-17961-66-4

ISBN digital: 978-84-17961-67-1

Depósito legal: M-29681-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Para Silvia*





# LIBRO PRIMERO



## El inmortal

Aquella mañana en la que zarparían, la dársena se hallaban repleta de barcos, y es que la Armada Imperial de Lauros y sus buques de guerra se hallaban cerca, apenas a dos días de distancia si se mantenía el viento. Esto animaba a muchos proveedores y vivanderos a acercarse a la ciudad en embarcaciones pequeñas para suministrar pertrechos, y así lucía Darsur hasta su rada exterior, con el aspecto de un bosque repleto de mástiles grandes y pequeños, como a Vintas le gustaba decir. El por aquel entonces ya veterano marinero se afanaba en conseguir rápidamente una tripulación, una buena tripulación, queremos decir, ya que en cuanto la Armada Imperial llegara se llevaría de un plumazo a los mejores hombres con sus hordas de reclutamiento, y el capitán Aurwel tendría que reprimir su cólera, porque habrían de conformarse con embarcar a borrachos y delincuentes, chusma portuaria sin ninguna ambición, para completar el trabajo que *La Piraña* les había encargado.

—La ambición... —repetía Jable, sosteniendo un puñado de arena que se le escurría entre las manos—, ahí reside la clave de todo... —apretó el puño de forma teatral, un gesto seguramente dirigido a los posibles tripulantes que lo observaban desde el otro lado de la taberna. Su mano volvió a encaminarse a la bolsa donde guardaba su oro, y de la que no extrajo, de nuevo, nada más que fina arena. Entonces, tomó un pedazo de pan y lo metió en la sopa, pero el pan no se ablandó.

Vintas carraspeó a su lado, indicándole que el primer aspirante se acercaba ya, por lo que el capitán Aurwel se puso en pie. Para

tratarse de un capitán de navío, Aurwel —más conocido por el sobrenombre de *Jable*— tenía pose y se conducía muy derecho, con una peculiar disposición para el vestir, pues sufría con aires la peluca mal cardada y los tonos en su camisa de la vieja Armada, en un rojo a imaginar, menos los botones, que seguían rojos en su sitio, casi todos los que estaban. Era un contrabandista de los Gremios, las poderosas organizaciones comerciales de la ciudad de Puerto Seguro, y había partido hacía ahora veintitrés días desde los Cinco Dominios del continente vecino de Benerath, en el norte. Si Lauros de Benerath era la capital del mundo de aquel tiempo en el plano comercial, era por albergar estos Gremios o Cofradías, organizaciones mercantiles al servicio del Imperio, que regulaban y competían por el control del tráfico por mar en aquella parte del mundo. Se dedicaban al comercio y contrabando de todo tipo de mercancías, armas y tejidos, pólvora, alimentos, materias primas o especias, obras de arte, etc., y algunas de las más importantes eran todo un poder autónomo en Erath por su potencia naval y militar, no siempre sujeto al Consejo ni a ninguna otra autoridad. Aurwel, piloto y corsario autorizado por una de estas organizaciones comerciales —el Gremio de Leng—, protegía los intereses de su compañía, escoltando mercantes relevantes hacia sus destinos y hostigando o apresando naves de otros Gremios, si estaban en disputa con su patrón, lo que era bastante habitual.

El último viaje encargado por Leng había llevado a Vintas y al capitán hasta Darsur, una ciudad portuaria en el continente de Ur, en la parte meridional de Erath. En aquella taberna de Darsur se congregaban alrededor de cien posibles candidatos a tripulante, de los que la mitad aproximadamente eran mutaciones parciales producidas por la magia, mezclas, metamorfosis con razas de insecto y sus variaciones, o solo *dañados*, seres que habían evolucionado —*se habían adaptado*, como decían los magos— como consecuencia de la devastación surgida tras las Guerras del Exilio. También había humanos, varios marineros que Jable no conocía y que procederían de mercantes, posibles contrabandistas o tripulantes de barcos corsarios.

—Veamos qué se ofrece. Llama al primer aspirante —pidió Jable al viejo Vintas.

El primer aspirante era humano, lo que en este preciso momento era un punto a favor, aunque lo sería por poco tiempo, ya que, a simple vista, sus mutaciones avanzaban a buen ritmo y pronto lo llevarían a convertirse en un troll de arena, una especie monstruosa afectada por una brutal acromegalia, enfermedad que solía conducir al doliente a un crecimiento descontrolado, la expansión sin límite ni patrón de un cuerpo y miembros cauchutescos que, como irónica contraprestación, daba a su poseedor amplias cualidades natatorias<sup>1</sup>. Además de sus miembros, su cara y cuello estaban también afectados, y el sujeto se cubría la cara con un parche.

—Me llamo JcGrolh. Uhhh... Conozco cada rincón de los Mares de Fango, y podría navegar por estas aguas aunque tuviera un parche en cada ojo. Soy nativo de la costa norte de Ur, puedo llevar el timón por estos mares, aunque tuviera un parche en cada ojo y puedo navegar por estos mares, aunque tuviera un parche en cada ojo.

—Bien, JcGrolh, ¿dónde has servido?

—He servido en cada rincón de los Mares de Fango.

—Eso ya lo has dicho. ¿Cuál fue tu último navío?

—*Cabo Trould, Escupefuego, AveImperio.*

—Todas al servicio de la Garra Roja. ¿Nunca has servido con Leng? —preguntó Jable—. Yo pertenezco a su Gremio.

El capitán colocó en el hornillo de su pipa narguile un poco de tabaco. Vintas se le acercó y en voz baja le hizo la siguiente observación:

—Estas mezclas con trolles pierden pronto la chaveta. Ha dicho que sirvió en el *AveImperio*. ¿Quieres saber qué les ocurrió a los oficiales del *AveImperio*?

—No sé, Vintas, preguntémosle a él —respondió Jable—. ¿Qué sucedió a los oficiales del *AveImperio*, JcGrolh? ¿Os los comisteis?

---

1. Natatorias: la mayor parte del continente en el que se encontraban, Ur, era desértico debido a la devastación producida por las Guerras del Exilio.

Para su sorpresa, el semitroll asintió, y explicó a continuación:  
—Estuvimos atrapados durante días en una tormenta de arena en el Mar de Fango de Tlauroth.

Jable hizo como si anotara con pluma y papel, y escuetamente entonó un *no te alejes demasiado, te llamaremos*. El semitroll, sin embargo, se recolocó el parche y dijo con tono bonachón:

—Era broma, claro.

Después dudó un segundo si quedarse o irse, y finalmente se fue.

Mientras el semitroll se perdía en la taberna, Jable y Vintas intercambiaron una mirada larga, muda, aclaratoria, y eso dio tiempo a acercarse al segundo aspirante, un lento univalvo.

Los univalvos —conocidos popularmente como *unaconchas*— eran una de las especies surgidas de las adaptaciones con las razas de concha o coral y los peces dentados, antiguas mutaciones de gasterópodos marinos. Jable valoró la gran concha dorsal que arrastraba, observó la larga secreción dejada por sus dos musculosos pies ventrales y se dirigió hacia su área cefálica, demasiado vaga en sus rasgos humanos para llamarla de otro modo.

—Dime, ¿qué sabes hacer? —le preguntó Jable en alta voz.

Al instante, el unaconcha encogió sus pequeños cuernos de caracol, demasiado sensibles al ruido, y emitió una especie de borboteo sordo que salió volteado a través de los circunloquios de su concha. Vintas escuchó con interés. Después de un silencio breve, Jable negó con la cabeza, como diciendo que no sería apto. En un aparte, el viejo oficial le dijo:

—Escucha, Jable, el caracol nos puede servir de escandallo<sup>2</sup>, ya sabes, para medir la profundidad si nos quedamos varados.

—Lo veo un poco tímido —respondió Jable, y contempló la súbita mirada de hastío de Vintas—. De acuerdo —resolvió maliciosamente—, pero tendrá que ir pegado al casco. No lo quiero en mi barco llenándolo todo de moco.

El tercer aspirante fue el que más les gustó, un minotauro blanco de casi dos metros de altura y migrante de la ciudad de Badra,

2. Escandallo: sonda para medir la profundidad del fondo.

que respondía al sobrenombre de Hierro. Actualmente, el minotauro era timonel en la *Foso de Armas*, una fragata corsaria al servicio de un hechicero que, según Vintas había oído, acababa de quedarse sin capitán, ya que este había sido encarcelado hacía solo unos días por motivos desconocidos. Desde entonces, el minotauro rondaba por el puerto, indeciso entre esperar a la liberación de su antiguo capitán, o reengancharse en un nuevo navío.

—Escuche, señor —dijo el minotauro a Jable—. Me enrolaré con usted solo en el caso de que consiga armar un barco antes de que llegue el Imperio. He oído que la Armada Imperial de Lauros está a pocos días de Darsur, y si se da el caso, les prefiero a ellos antes que a un barco corsario como el suyo. De todos modos, si acepto, cobraré la primera paga por adelantado.

Jable entrecerró los ojos, y se sentó de nuevo. A un lado de la mesa tenía su pipa narguile y un pequeño quemador donde se extinguían dos minúsculos cubos de haxix mezclados con el tabaco. Aspiró una larga bocanada y puso los dos pies encima de la mesa.

—En mi navío yo fijo las condiciones. Desconozco cuáles eran a bordo de la *Foso de Armas*, pero a bordo de mi nave el derecho me asiste. ¿Se llama...?

El minotauro no se inmutó al responder.

—Me llamo Hierro. Usted decidirá a bordo, pero en tierra yo me rijo por mí mismo, como usted entenderá, y yo decido si me enrolo o no con usted. Mi condición es cobrar por adelantado.

Dijo eso y se levantó de la mesa sin más comentarios.

El cuarto, quinto, sexto y séptimo aspirantes fueron insectos ofrecidos por un esclavista, en concreto una partida de cuatro hombres-mantis de color pardo y verde, encadenados entre sí. Como Jable bien sabía, los hombres-mantis podían ser utilizados como peones y remeros, por lo que eran muy útiles, además de fuertes: sus patas delanteras podían ser liberadas como los guantes de un púgil en un acto reflejo, a suficiente velocidad para hacer el ataque invisible al ojo humano. Jable se mostró interesado, pero el esclavista también exigió el dinero por adelantado.

—Recién capturados de los desiertos de Sefarad, desparasitados y bien alimentados —dijo el esclavista—. Buena dentadura, patas fuertes y flexibles, pueden cargar no sé cuántas veces su peso...

El capitán Aurwel examinó las musculosas espinas de sus patas delanteras, que solían recoger junto a su cabeza en posición orante, tal y como si se tratara de esculturas. Dos de las mantis giraron su cabeza ciento ochenta grados para observar a su posible nuevo dueño.

—¿Desparasitados, eh? —el comentario había hecho gracia al capitán. Este cruzó un apretón de manos con el esclavista e intercambió signos de compromiso de acuerdo con el código de los esclavos—. Me los quedo. Después le diré en qué muelle se encuentra mi falúa.

—Si me dice el nombre de su navío, yo mismo embarcaré a los insectos —exclamó el esclavista.

Jable cambió su expresión al oírlo.

—Descuide, no se moleste, está fondeado a un par de millas. Mañana lo enviaré a carenar<sup>3</sup> de nuevo, ¿sabe? Quiero el mejor cobre que tengan los astilleros, una nueva aleación con la que ganaré más de medio nudo de velocidad. Tengo los fondos sucios después de este último par de viajes, ¿verdad, Vintas?

Vintas asintió sin despegar la mirada del suelo.

El capitán continuó.

—Creo que arrastro media tonelada de fango y conchas crujientes en mi casco. Se los daré a probar a sus insectos, ¿eh? Quizá con eso pueda alimentarlos.

El avisgado esclavista rio con ganas, pero insistió en la pregunta.

—Todavía no me ha dicho cómo se llama su navío. He oído que esta mañana se ha hundido a pocas millas de Darsur una nave cargada de especias proveniente del interior del Mar de las Calmas, ¿no sería suya?

---

3. Carenar: revestir de cobre el casco de un navío. Era un mantenimiento necesario cada cierto tiempo, gracias al cual los navíos ganaban en velocidad.



El capitán Aurwel se atragantó con la boquilla de la narguile. Tosió para disimular su sorpresa.

—¿Por supuesto que no, cómo se atreve?

—Si no era suya, ¿cómo se llama la suya?

Vintas tosió, y después intervino a tiempo.

—Se llama *Tifón* —le dijo al esclavista.

Jable miró horrorizado a su viejo oficial, y le espetó:

—Vintas, ese es un nombre poco común para un navío.

—Ya, Jable, pero es como se llama el nuestro.

El capitán dejó la pipa y pasó coquetamente la mano por su melena mal cardada. Miró con desprecio al esclavista, un *dañado* repleto de tatuajes y perforaciones anilladas en nariz, lengua, labios, pezones, etc., que atendía con el pecho descubierto, mostrando su gran barriga, y le preguntó, como para desviar la atención:

—¿No tiene nada mejor que esos insectos?

El esclavista se frotó la nariz y se limpió la mano en el flanco de uno de los hombres-mantis, mientras tiraba de la gran cadena que unía a todos ellos. Al final del último eslabón había otro esclavo, en el que Jable no había reparado, al ser de menor tamaño.

—Escucha, Jable, quiero que lo mires bien. Es una rareza, lo encontré más allá del Mar de Hierba de Ur —dijo el esclavista.

Su prisionero era un hombre joven de piel clara y rostro aniñado, con aspecto demacrado y mal vestido. Llevaba unas ridículas calzas de arriero cosidas con parches, y un desgastado y a medio curtir chaleco forrado con flecos de pelo de animal, con tal olor a bestia que garantizaba la seguridad del portador, salvo ataque desde muy larga distancia.

Vintas y Jable carraspearon al unísono. ¿Qué cuento era aquel? El esclavo que tenían delante no era más que un lauréano. Un común y rutinario lauréano. Un traidor y asesino en potencia, un agresivo y depravado hombre de Lauros. Un hombre de marfil del norte, una de las Razas Mayores, como ellos mismos se hacían llamar. A Jable no le gustaban los lauréanos. A decir verdad, tampoco soportaba a los insectos, ni a los *dañados*, y no le gustaban

demasiado los unaconchas, hombres-pep, por supuesto tampoco los magos: odiaba y temía a los magos, despreciaba a los querques, ogros, trolles, etc., pero los hombres de Lauros no le gustaban *especialmente*, quizá debido a esa superioridad hacia los humanos de la que solían hacer gala, y Jable era muy humano, humano militante, podríamos decir.

—¿Un demonio de marfil, eh? —exclamó—. Apesta al hedor de su Imperio.

El esclavista se frotó la barriga, excitado.

—No, no es un lauréano, es de una raza especial. Creo que es un betbel, una raza casi extinguida de la que los lauréanos descienden. Como te decía, es una rareza, y puede valer diez mil guineas de oro.

La nariz puntiaguda y rapaz de Jable pareció aflarse tanto como su mirada.

—Puedes venderlo a la Armada de Lauros, quizá quieran saber por qué tienes encadenado a uno de los suyos. He oído que pronto estarán aquí. ¿Cuánto decías que valía?

El esclavista agitó a los insectos tirando de su cadena. Los hombres-mantis se movieron inquietos, y casi aplastaron al prisionero con sus fuertes patas repletas de púas. El esclavista respondió de modo seco:

—Te he dicho que no es un lauréano, es un betbel. Fíjate.

El esclavista se abrió paso entre los insectos a codazos y puñetazos, y rompió el chaleco del esclavo tirando de él con sus manos. A la luz de los candiles fijos en los techos de madera de la taberna, pudo verse un torso inmaculado en marfil, blanco y puro nácar, al igual que sus brazos, pecho, y cuello.

—He aquí el marfil de los lauréanos, el sagrado material —continuó el esclavista—. Los demonios de Lauros creen que el marfil da la vida eterna —negó con la cabeza—. Ellos apenas tienen pequeños salientes, pequeñas vetas de marfil, y gracias a este pequeño grado, consiguen vivir cientos de años. Eso es cierto.

—Es cierto, lo es —admitió Jable—. Los lauréanos viven cientos, mientras que nosotros apenas si llegamos a los cincuenta o sesenta años.

—¿Qué no darían por encontrar un ser completo de marfil, un betbel, entonces? —preguntó el esclavista—. He aquí a un inmortal —dijo señalando al prisionero, quien seguía de rodillas—. Como te digo, ellos son los descendientes de esta raza, una raza casi extinguida.

—¿Estás seguro? —respondió el capitán—. Este es solo un lauréano con una pureza mayor, con un mayor grado de marfil, quizá viva cien años más que sus otros hermanos, pero no es un betbel. Cuando esté aquí la Armada Imperial, no valdrá nada.

—Cuando esté aquí la Armada Imperial, te colgarán por tenerlo encadenado, más bien —subrayó Vintas.

El esclavista se mostró contrariado. Se rascó la cabeza, diciendo:

—Quizá tengas razón. Escucha, podría hacerte un precio especial.

—¿Especial? —le respondió Jable—. Podría darte diez mil guineas si me gustara, pero como te he dicho, no soporto a los lauréanos.

El tabernero, un humano enjuto y sudoroso, se abrió paso entre los parroquianos que rodeaban la mesa, e interrumpió la conversación.

—Si no van a tomar nada, necesito la mesa. Hay gente que quiere sentarse —dijo, en referencia a los clientes que aguardaban de pie.

Jable y Vintas miraron hacia otro lado, pero el tabernero se quedó allí, esperando una respuesta. Jable fue a pedir algo, pero el esclavista se le adelantó, esgrimiendo la grasienta palma de su mano abierta.

—Es igual, yo invito. Diez mil guineas es mucho dinero, Jable. Quizá demasiado incluso para ti.

El esclavista acabó de hablar y se dirigió hacia la barra, en apariencia airado, donde apoyó su barriga para pedir unas jarras; Jable

y Vintas se quedaron solos, por tanto. Antes de que pudieran hablar, el esclavo se dirigió hacia ellos. Consiguió arrastrarse saliendo de entre las patas de los insectos, y dijo a modo de súplica:

—Escúchenme, el esclavista tiene razón. Soy un betbel, pero él no debe saberlo. ¿Me escuchan? Puedo valer medio millón de guineas para un noble de Lauros. Si me liberan, serán ustedes ricos...

Jable pareció no haber escuchado, y dirigió al esclavo una respuesta de manual, la que pronunciaba a todos los que aspiraban a enrolarse en su navío:

—Todos los marineros tendrán que trepar a la jarcia, largar una juanete<sup>4</sup>, cargar un cañón y a petición del maestro condestable<sup>5</sup>, apuntarlo del modo debido, y quizá dispararlo, por supuesto deberá dominar todos los nudos de junta y envergüe, y deberá hacerlo delante de todos los marineros de primera que haya a bordo de mi barco. ¿Qué es para usted la disciplina?

Vintas interrumpió a Jable, y preguntó directamente.

—¿No es usted un lauréano?

—Yo soy un betbel, los lauréanos no son sino descendientes de mi raza. Ese esclavista...

Ahora hablaba a Vintas, quien se había mostrado receptivo, y le dirigía su mirada suplicante, pero era tarde. El esclavista volvía ya. El prisionero solo pudo añadir:

—Acaban de perder ustedes medio millón de guineas.

Nada más llegar de la barra, el esclavista examinó su mercancía, después aporreó levemente al prisionero, solo entonces dejó en la mesa tres jarras con gesto de superioridad.

—Bien, ¿qué es lo que habéis decidido? —preguntó—. Puedo dejaros todo el lote en..., digamos, cinco mil guineas.

Jable, sin tocar la cerveza, respondió que podría pagar hasta cuatro mil por todo el lote, aunque si el trato se cerraba, quería examinar al hombre de marfil antes de comprarlo.

---

4. Juanete: vela del palo trinquete, el más adelantado de los mástiles de un navío.

5. Condestable: encargado de la artillería del navío.

—Cuatro mil quinientas por todos, está bien —sentenció el esclavista—. Os entregaré los insectos en unas horas. Buscaré por los muelles un navío llamado *Tifón*. Espero ver el color de vuestro dinero.

Brindaron. El esclavista apuró su jarra en un par de tragos, y se despidió.

Vintas miró a Jable.

—Tengo la impresión de que acabamos de meternos en otro lío.

—No, Vintas. Solo necesitamos una buena venta.

El contrabandista sonrió, y mostró con ello parte de su dentadura, formada por piezas irregulares, doradas y desgastadas.

—Y tú y yo sabemos dónde vamos a conseguirla.



## El Rey de las Ratas

Cuando llegaron frente a las dobles puertas ya era noche cerrada. Flotaba en el ambiente un aire pesado y translúcido, plagado de partículas iridiscentes, verdosas, que provenían a buen seguro de una reciente liberación de hechizos. Los vapores del azufre se mezclaban con los olores malsanos de la propia ciudad, un gran colector, una verdadera cloaca a cielo abierto en su parte más baja, la de los canales, que es adonde habían llegado, no sin perderse dos o tres veces. La ciudad de Darsur había sido en otro tiempo aclamada por estos pintorescos canales laberínticos, sin parangón en el mundo conocido y que además eran navegables, un verdadero icono del continente del sur, aunque su falta de mantenimiento, el hiperdesarrollo de su puerto comercial y el caos de los Gremios que desgovernaban la ciudad los habían convertido en un lugar aún más especial, un lugar evitado por las autoridades portuarias, una ciudad dentro de la propia ciudad, el mercado de contrabando de mercancías, especias, esclavos, ingredientes mágicos, más grande de Erath. Y casi todo él era subterráneo, pues copaba la Gran Alcantarilla de Darsur y sus canalizaciones.

Vintas miró a Jable, molesto por los gritos. Señaló la caja que habían llevado a cuestras, de cuyo interior provenían las quejas.

—Deberíamos abrirle, para que respire un poco.

—Bueno, pero solo un poco.

Abrieron la caja de bambú y allí estaba el betbel, gritando y pataleando.

—Eh, ¿qué pasa con ustedes? ¡Incluso el esclavista me trataba mejor! Nunca me habían... Me habían...

Jable no le dejó mucho más. Miró de nuevo a Vintas y dijo:

—Respira.

Tocaron al llamador de la trampilla de doble hoja que había en el suelo, a un lado del canal. Era uno de los múltiples accesos a la Gran Alcantarilla. Las puertas se abrieron, y un hombre-escorpión les dio la bienvenida. Su cabeza multifacética era de color verde intenso, el cuerpo de un tinte más oscuro, coriáceo y reforzado por varias capas de piel dura como de protea, dotado de élitros largos en su espalda que se entrecruzaban como los de una libélula, justo por debajo de una cola articulada; el apéndice le recorría el cuerpo de cuello para abajo, en su extremo sobresalía en un ángulo una forma parecida a una guadaña.

El arácnido sujetó la trampilla con sus pinzas para facilitarles la entrada, mientras balanceaba su aguijón. Saludó al capitán de modo amable.

—¿Un esclavo? Habéis venido al lugar indicado —les dijo, a modo de bienvenida.

—¿Dónde está el *Rey de las Ratas*? —preguntó Jable, introduciendo con cuidado la caja en la alcantarilla.

—En el segundo nivel —respondió el hombre-escorpión—. Algo más abajo. Tened cuidado —añadió, levantando sus pinzas—. Hay magos vagando por la Alcantarilla desde hace dos o tres noches. Los dos siguientes niveles están minados.

—No soporto a los hechiceros...—masculló Jable. Al decirlo casi se cayó, y tuvo que emplear las manos para asirse a una escalera de apoyo que descendía y atravesaba la negrura bajo sus pies, pero al hacerlo descuidó la caja y esta se precipitó y se perdió en la oscuridad. Transcurrió más de un segundo hasta que se oyó un gemido lastimero. Otro, y otro.

—De esta lo hemos matado —se asustó Vintas.

—Es un inmortal, hombre —corrigió Jable—. Por lo menos así nos lo van vendido. No creo que muera al primer intento.



—Ya —admitió Vintas—. Por lo menos tendrá siete vidas, como los gatos.

Se descolgaron por la escalerilla y llegaron a la parte baja del colector. De la caja seguían saliendo gruñidos y gemidos, por lo que juzgaron que el hombre de marfil andaba bien.

—Vayamos a ver al Rey de las Ratas.

Al segundo, los pútridos vapores que flotaban a su alrededor se deshicieron, y una figura de aspecto reptiliano, viniendo hacia ellos, salió de la oscuridad.

Un hombre-lagarto, una de las especies más comunes de la gran cloaca: metro setenta de alto, cuerpo y cola alargados, no llevaba luz alguna, les pegó un susto de muerte.

—Pensaba que era uno de esos m-magos —tartamudeó Vintas, una vez el hombre-lagarto hubo pasado junto a ellos.

—Solo era un *varano*. Nada serio. Avancemos.

Fueron descendiendo por un camino cuarteado y resbaladizo de piedra, claro y marcado, aunque abovedado y oscuro en ambos laterales, sostenidos con arcos de medio punto toscamente tallados o derrumbados por el peso de los años, intercalados cada aproximadamente cincuenta metros. En todo el trazado el sonido del agua era una constante, pasaban junto a cursos rápidos que corrían un centenar de metros y luego caían canalizados hacia niveles más bajos, veían pequeños embalses con líquidos detenidos, apestosos o burbujeantes, atravesaron estancias más o menos grandes, más menos húmedas y oscuras, hasta que empezaron a cruzarse con gente. Gente de las alcantarillas. Cazadores de cabezas, simples borrachos, espadachines a sueldo, contrabandistas, cazarrecompensas, insectos y reptiles de diferentes órdenes, esclavistas, esclavos, libertos, prostitutas. De vez en cuando se detenían a descansar del peso del hombre de marfil —que no pesaba excesivamente, eso era cierto— y pequeños reptadores les recorrían las piernas en el agua legamosa, algo normal. Fue distinguiéndose en la oscuridad la silueta de las carpas de los zocos donde los esclavos eran intercambiados, y poco a poco se aproximaron al Rey de las Ratas.

—¿Vienes a ver al Rey? —una voz estridente sorprendió a Jable, y varios tirones a su jubón le sacaron de su ensimismamiento. Quien tiraba de él era apenas un niño, apenas un humano, muy mal vestido, un pilluelo con la cara quemada por el azogue.

Jable dijo que sí y varios niños como él, algunos también quemados por los vapores de azogue, les arrebataron la caja de bambú y los condujeron hasta el mercado de esclavos Rey de las Ratas. Se trataba de un mercado seleccionado, y Jable y Vintas conocían al dueño. El hombre de marfil seguía gritando y pataleando con vigor en el interior de la caja, lo que quería decir que seguía vivo y en aceptable estado. Jable tuvo que negar la moneda que los niños le pidieron al llegar frente a la entrada del mercado.

—Conseguiremos dinero —les prometió—. No hago más que prometer eso a todo el mundo desde hace un tiempo.

Como el esclavista que les había vendido el hombre de marfil había adivinado, el navío cargado de especias que acaba de hundirse frente a Darsur era el suyo, por lo que Vintas y el capitán habían depositado todas sus esperanzas en aquel local. Darsur, además, era uno de los pocos sitios de Ur donde podía conseguirse rápidamente otra embarcación si se tenía un poco de suerte, y se trataban los términos del acuerdo de forma sosegada, lo que no siempre era fácil de conseguir. *El demonio está en los detalles*, solía decir *La Piraña*, el armador de Jable, y no le faltaba razón.

Alrededor de ellos había congregados multitud de clientes en corros, que era el modo tradicional de cerrar los tratos, con sus respectivos hombres de armas si los tenían, y en cuestión de minutos Jable y Vintas vieron relucir los aceros de las contrapartes en dos ocasiones, aunque en solo una de las dos corrió la sangre. Al lado de Vintas alguien —un *varano*, quizá— con una dentada maza cayó al suelo, atravesado por los dos estoques del hombre de armas de un esclavista, una mantis que empuñaba ambas espadas. El insecto enfundó sus armas sin pestañear con ninguno de sus cinco ojos, mientras su dueño, el esclavista, libraba de sus posesiones al caído; después de desvalijarlo con poco interés dejó que su insecto se

alimentara de él. La mantis comenzó a devorar al caído, sin más oposición. Después hubo otro par de enfrentamientos sin importancia, aunque menos espectaculares, y un humano salió volando por la puerta del Rey de las Ratas. Detrás del humano volador apareció un semigigante, una criatura muy poderosa físicamente, que presuntamente era quien lo había lanzado, pero cuando iba a rematarlo en el suelo alguien —su dueño— lo detuvo. El humano se levantó y perdió en la multitud, que siguió la negociación de esclavos en los mismos derroteros, hasta que alguien pronunció *er-kuk*, o algo parecido, y se hizo el silencio. Vintas preguntó a alguien y obtuvo la respuesta *hechiceros*.

La gente se arremolinó en los aledaños del Rey de las Ratas, como buscando refugio, porque en un enfrentamiento entre hechiceros alguien de verdad podía resultar herido. Oyeron confusamente que un mago había tratado de pagar un esclavo mediante la entrega de un manuscrito, pero antes de que pudieran obviarlo, el sonido de correr del agua se detuvo, y comenzó a crecer en su lugar un rumor burbujeante, después la temperatura aumentó súbitamente, algo estalló en la Alcantarilla, una fuerza indescriptible que los envolvió en un émbolo, y aproximadamente cincuenta de los congregados, entre ellos Vintas y Jable, salieron volando. Uno de los hechiceros había efectuado un conjuro de fuego, pero el causante podía haber sido cualquiera de los cuatro elementos primordiales, salvo por el hecho de que la melena de Jable estaba ardiendo; aquello no acabó allí. La gente estalló en gritos y muchos forzaron la entrada del mercado buscando protección, pero casi todos fueron barridos literalmente por una fortísima corriente de agua que los arrastró por el corredor. Un torrente de líquido mezclado con mortíferas losas levantadas del suelo se elevó a gran altura, elevando con ellos también a los infelices que no habían conseguido asirse a nada, y todo ello —metal, piedra y carne— fue impelido en un haz junto a la corriente de agua, dirigida contra el otro hechicero.

Vintas no pudo saber cómo acabó aquello, pues agarró fuertemente la caja con el hombre de marfil y fue arrastrado dentro del Rey de las

Ratas igual que muchos fueron arrastrados fuera, entre ellos el capitán, quien de forma milagrosa consiguió no ser llevado por la corriente al chocar contra algo que tapaba la puerta, el enorme semigigante que por casualidad estaba en la entrada, y que salvó las vidas de muchos.

Vintas y Jable se levantaron del suelo, el capitán tenía parte de su pelo quemado, aunque ahora chorreaba agua, el viejo oficial lucía la ropa hecha jirones y de cintura para abajo solo llevaba prendidos los calzones: su jubón, chaleco, pantalones y botas habían desaparecido, y no podía saber si había sido el fuego o el agua quien se los había llevado consigo.

Los dos buscaron la caja que guardaba al betbel, mientras la buscaban uno de los hombres del local les preguntó qué querían, y tuvieron que decirle que habían perdido a su esclavo. Finalmente la hallaron encima de una gran lámpara fijada a los techos de madera, y la descolgaron, no sin esfuerzo; abrieron la caja y resultó que el hombre de marfil estaba muerto, o dormido, estaba dormido. Quien no lo estaba era uno de los pilluelos quemados por azogue a los que Jable había negado una moneda; el capitán lo encontró ahogado y amoratado mientras buscaba al betbel. No pudo hacer más que rezar una oración al Dios Tuerto por su alma; rezó la parte que más se sabía.

Una vez encontrado su botín entraron en el mercado, pidieron audiencia con el Rey. Los hicieron pasar enseguida a la pequeña estancia, aunque Vintas solicitó una y mil veces que le restituyeran la ropa, pero no lo consiguió, por lo que tuvo que conformarse con seguir en calzones.

Para su sorpresa el famoso Rey de las Ratas descansaba en una urna: se trataba de un anciano hombre-rata de largas garras y bigotes revirados, que por lo que parecía había muerto.

—Ahora lo lleva el hijo —les susurró un ujier, otro hombre-rata de cola enroscada. Vintas observó que habían disecado al antiguo Rey, para mayor gloria del antiguo local.

El sucesor del Rey, un curioso hombre-rata con bigotes recortados, los recibió muy nervioso, quejándose de los hechiceros y sus enfrentamientos, lo que era muy malo para el negocio, opinión

compartida por la mayor parte de los esclavistas, comerciantes y contrabandistas de Darsur de un tiempo a esta parte. Les explicó que su padre había muerto hacía poco —*murió en la cama*, explicó— y volvió a hacer hincapié en lo malo de tener hechiceros por aquellos lares.

—Sí, son una auténtica plaga —comentó Vintas de forma despreocupada. Jable se percató de lo poco afortunado de la frase, pero por suerte el hombre-rata no se dio por aludido. Vintas era un marino muy experimentado, y un gran compañero, pero tenía la rara habilidad de encontrar siempre la frase inadecuada en el momento perfecto; eso, unido a su galopante incultura, hacía pasar a Jable por situaciones embarazosas.

El *Príncipe*, de entrada, se mostró muy frío en sus ofrecimientos, poco interesado, insistió en que el momento no era bueno, aunque cambió algo su cara cuando la caja se abrió, y despertaron al betbel. Jable había vestido al hombre de marfil de forma ridícula y le había colocado una corona de hojas similares al laurel que habían encontrado en la superficie, y resultó que el hijo del Rey era más impresionable de lo que había sido su padre. Tuvieron suerte: mientras trataban, varios de los golpes que había recibido el betbel comenzaron a sanar y mejoraron su color, lo que dio pie a que Vintas lo presentara de forma pomposa:

—He aquí al *inmortal*.

—Inmortal —corrigió Jable, tomando las riendas de la conversación. Ni Vintas ni Jable torcieron el gesto cuando el hombre-rata propuso acuchillarlo de veras para probar su capacidad de regeneración, lo cual finalmente no hizo, ya que ni uno ni otro permitieron que dañara la valiosa mercancía, aunque sí le dejaron clavarle los dientes hasta hacerle sangre; como el betbel estaba todavía aturdido apenas se enteró, y sus heridas sanaron rápidamente.

—De acuerdo, es un betbel —admitió el Príncipe, mientras se mesaba los bigotes—. Disculpad que lo trate así, pero si voy a pagar una importante suma quiero asegurarme de que no me la dan *sin queso*.

El hombre-rata les pagó cincuenta mil guineas. Un dineral, un negocio redondo, capital suficiente para adquirir una gran embarcación —quizás una fragata, junto con doscientos o trescientos hombres para hacerla navegar— y celebrarlo. Podrían buscar una con gran capacidad de carga, algo que les permitiera efectuar viajes largos y rentables. Sin embargo, deberían darse prisa en reclutar a los hombres: si esperaban a que llegara la Armada Imperial también llegarían las hordas de reclutamiento, porque la Armada de Lauros siempre necesitaba gente a bordo.

Jable salió por piernas hacia la superficie, diciendo que necesitaban ya a los mejores hombres, y Vintas se quedó en el Rey de las Ratas por si se presentaba alguna otra oportunidad de compra. Antes de despedirse se tomaron dos o tres vasos de licor fuerte para celebrarlo, pero nada más, y Vintas dijo que a lo sumo prestaría atención a una mujer-araña que llevaba tiempo mirándolo con ojos libidinosos.

—Se pone en vuelo el aparejo y todo —comentó a Jable.

Fue lo último que hablaron. Dividieron el dinero, el capitán se dio la vuelta y se dirigió a la superficie. Se felicitó por tener un regreso sin percances y eligió la primera trampilla que encontró para volver a Darsur, a la verdadera Darsur.

Subió a la superficie en la parte alta de la ciudad, y desde allí pudo contemplar la bahía, cuya actividad no cesaba ni siquiera por la noche. Podían verse docenas de naves que cargaban armas o especia, cargamentos que movían las grúas en el puerto. Junto a ellas pululaban centenares de hombres y bestias de carga, ocupados en atender los encargos.

Era una suerte encontrarse en Darsur, porque era el mejor lugar del mundo para armar un navío.